

bre! dijo para sí la prudente Jeanie. ¡Jamás ha dicho una frase tan larga! pero no le contestó, y el Laird, contentándose como siempre en seguirla con la vista, esperó tranquilamente á que llegase David Deans.



CAPITULO VI.

Las visitas del Laird recobraron así su curso ordinario, sin que nunca se esplicase mas. Entre tanto el objeto que seguia con la vista hacia ya diez años, salia ya de los limites de la juventud y se acercaba por momentos á lo que llamamos la edad madura, que la naturaleza ha colocado con respecto á las mugeres en una época mas inmediata al nacimiento, que con respecto á los hombres. Otros en su lugar, se hubieran hallado tentados á fijar su vista sobre un objeto, cuyos atractivos, muy superiores á los de Jeanie, brillaban entonces con todo su esplendor.

Eufemia, ó Effie Deans, era entonces como una flor encantadora, adornada con todos los bellos colores de una fresca y hermosa primavera. Con un corte de cara, rival de los mejores modelos de la Grecia, su hermoso pelo negro, que formando mil rizos, se escapaban por uno y otro lado de una redcilla de seda azul, realzaban la blancura de un cutis, animado con los matices que presta á la hermosura la robustez y la salud; sus ojos igualmente negros, pero llenos de viveza, manifestaban

la dulzura, y al mismo tiempo el fuego de una imaginacion nueva y ambiciosa; y en fin, unos labios de carmin, sobre los que se veia pintada la risa de Hebe, un talle igual al de Diana, y todas las gracias de Venus adornaban su persona, y parecian inspirar la dicha y el placer.

Sin embargo, todos estos atractivos no pudieron distraer la vista del Laird de Dumbidikes del objeto sobre que tenia la costumbre de fijarla hacia ya tanto tiempo; pero sus ojos y los de Butler eran tal vez los únicos que pudieran dirigirse sobre Effie sin fijarse con un nuevo placer. El viagero, que iba á llegar á la ciudad vecina, término de su carrera, detenia á su caballo cansado para considerar aquella encantadora Sylphide, que llevando sobre su cabeza un tarro de leche, que la adornaba mas bien que la oprimia, pasaba por delante de él con la ligereza de una ninfa. Los jóvenes del arrabal inmediato ambicionaban tenerla por testigo de sus juegos, y era su presencia la que daba todo el precio de la victoria. Aun los rígidos presbiterianos, que miraban como un crimen, ó á lo menos como una debilidad todo lo que concedian á los placeres de los sentidos, no podrian menos de mirarla con entu-

siasmo, sintiendo que una criatura tan bella participase de la falta hereditaria, y de la imperfeccion de la naturaleza humana. Se la llamaba por sobre nombre la azucena de San Leonardo: y merecia este nombre no solo por la blancura de su cutis, sino tambien por el candor y pureza de su alma.

Los niños son generalmente mas mimados en Escocia que en todò otro pais, y Effie lo habia sido mas que ninguna muchacha de Escocia. Todo el rigor de los principios religiosos de su padre no habia podido libertarle de un esceso de condescendencia, y Jeanie, que la amaba tiernamente, no se hubiera atrevido jamas á hacer su voluntad y á seguir sus caprichos: quanto mas crecia en edad tanto menos dispuesta se manifestaba á acomodarse á los consejos de su hermana mayor. Apesar de toda la inocencia y bondad de su carácter, la azucena de san Leonardo tenia un gran fondo de amor propio y de obstinacion, y la libertad sin limites, de que estaba acostumbrada á gozar desde su infancia, le habia dado una irritabilidad tan escesiva, que no podia sufrir ninguna especie de contradiccion.

Effie acababa de cumplir los diez y siete

años, cuando una tarde que su padre estaba ocupado en el campo, Jeanie empezó á inquietarse viendo que llegaba la noche y su hermana, que estaba fuera de casa, no parecia; temia que no hubiese venido cuando volviere su padre á decir las oraciones al anocheecer, lo que acostumbraba hacer en compañía de sus dos hijas, y en presencia de todos sus criados y dependientes; pues sabia que la ausencia de Effie le causaria un gran sentimiento. Sus inquietudes eran tanto mas vivas, cuanto que habia observado que hacia algun tiempo que su hermana salia todos los dias á la misma hora, bajo el pretesto de dar un paseo: que éste, siendo al principio de solo un cuarto de hora, se habia prolongado insensiblemente hasta durar horas enteras, pero aquel dia habia estado ausente toda la tarde. Jeanie no hacia mas que ir y venir á la puerta de la casa, mirando á todas partes, para ver si descubria á Effie, como si sus cuidados pudiesen acelerar su vuelta.

En fin, descubrió á lo lejos dos personas, que salian de detras de un seto que habia á la orilla del camino, y á cuyo abrigo parece que habian estado paseándose pare no ser vistos. La una era un hombre, que en el instante que sa-

lieron al camino torció ácia la izquierda, y desapareció; la otra era una muger, que tomando á la derecha, entró luego en la senda que conducia á san Leonardo. Esta era Effie; segnia su camino cantando, y se presentó á su hermana con aquel aire de viveza y de desembarazo, que saben tomar algunas mugeres para disimular su sorpresa y confusion.

-- ¿Porqué venis tan tarde Effie? le dijo su hermana: nuestro padre va á llegar al momento.

-- No es tarde, hermana.

-- Ya han dado las ocho en todos los relojes de la ciudad. ¿En donde habeis estado tan tarde?

-- En parte ninguna.

-- ¿Y con quién estabais detras de la cerca?

-- Con nadie.

-- ¿En parte ninguna? ¿Con nadie? ¡Ah! Effie, yo quisiera que hubieis estado en un sitio y con persona que no temieseis manifestar.

-- ¿Y qué necesidad teneis de espiar mis pasos? Si no me hicieseis preguntas, no os diria mentiras. ¿Acaso os pregunto yo quien trae aqui al Laird de Dumbidikes, que siempre os

está mirando con unos ojos tan brillantes que parecen los de un gato montés?

-- Sabeis muy bien que viene para ver á nuestro padre.

-- ¿Y Ruben Butler? ¿Viene tambien para ver á nuestro padre, que no puedo sufrir su latin?

Contenta con poder rechazar el ataque dirigido contra ella, y haciendo otro en el campo enemigo, Effie continuó acosando á su hermana, hablándole con ironía de sus dos amantes, hasta que viendo sus ojos empañados de lágrimas, la abrazó tiernamente, y la pidió perdon de haberla afligido. Jeanie, aunque poco satisfecha, correspondió con igual sensibilidad á la expresion cariñosa de su hermana, y no pudo menos de decirle. -- Effie, no volvais otra vez tan tarde, pues sabeis que esto no le dará gusto á nuestro padre.

-- No lo haré mas, respondió Effie, y aun que hubiese mas bailes en la pradera, que estrellas brillan en el firmamento en una noche de helada, yo os prometo que no iré mas.

-- ¿Como? dijo Jeanie con la mayor sorpresa. ¿Será posible que hayais estado en el baile?

Es probable que la azucena de san Leonar-

do hubiese hecho una entera declaracion á su hermana, lo que seguramente le hubiera evitado muchos sentimientos, y á mi me hubiera ahorrado el disgusto de contar una historia deplorabile; pero su padre, que llegaba en aquel momento á su casa, oyó precisamente la palabra baile. David Deans tenia al baile en horror: le miraba como una invencion de Satanás, como un acceso voluntario de locura, como un ejercicio destructor de todo pensamiento sério, y capaz de conducir á los mayores desórdenes. Bailar, ó asistir á un baile, era á sus ojos una especie de apostasia, una renuncia definitiva á toda esperanza de salvacion, y no concebía como pudiese permitirse, ó tolerarse. No le ocurrió que ninguna de sus dos hijas hubiesen podido olvidarse de sus instrucciones hasta el punto de tomar parte en este ejercicio profano; pero la palabra baile pronunciada á la puerta de su casa, y por una de ellas, le hizo estremecer, y bastó para inflamarle de una (en su concepto) santa indignacion. -- ¡Baile! exclamó dejando sorprendidas á sus hijas, que no le habian visto llegar; ¿Y vosotras os atreveis á hablar de baile? ¿Hablar de baile á la puerta de mi casa? ¿No sabeis que fue danzan-

do como los israelitas adoraron el becerro de oro en Bethél? ¿Qué fue despues de haber bailado, cuando una muger pidió la cabeza de san Juan Bautista? Yo tomaré esta noche este artículo de la Biblia por tema de vuestra instrucción; pues conozco que la necesitáis en gran manera. ¡Mas le hubiera valido que se hubiese quebrado las dos piernas, que emplearlas en aquel egercicio profano! ¡mejor le hubiera estado que hubiese nacido estropeada, y que la hubiese llevado de puerta en puerta pidiendo limosná, que ser la hija de un rey, y vivir como vivió! Pero escuchad con atencion lo que voy á deciros: si jamas os oigo yo pronunciar esa palabra profana, si os ocurre solamente el pensar que hay un solo hombre que toca la flauta, ó el violin, yo os renuncio por mis hijas, y no quiero tener relacion ninguna con criaturas abandonadas por el espíritu divino. Pero viendo que algunas lágrimas se desprendian de los ojos de sus dos hijas, les dijo con tono mas amable. -- Vamos, hijas mías, vamos á rogar al cielo que nos preserve de esas locuras profanas, que engendran el pecado, cierran las puertas al reino de la Gloria, y abren las del reino de las tinieblas.

Las intenciones de David Deans eran muy buenas; pero habia escogido mal su tiempo, para hablar asi á sus hijas. Su discurso trastornó todas las ideas de Effie, y la confianza que iba á hacer á su hermana, quedó encerrada en su pecho. -- Me miraria como la suela de su zapato, pensó Effie, si yo le dijese que he bailado cuatro veces con él en la pradera, y una en casa de Maggie-Mackeen, y tal vez se lo diria á mi padre, y vendria á ser la dueña absoluta de la casa. No, no, callemos; pero yo no iré mas al baile: yo haré una señal en mi Biblia en el capitulo de Herodias, y será como si yo hiciese un juramento. Effie cumplió su palabra durante una semana; pero estaba triste y de mal humor, cosa que no se habia observado nunca en ella, escepto en algunos momentos de contradiccion.

Esta mutacion tenia un aire de misterio que inquietaba tanto mas á la prudente y amable Jeanie; pues hubiera creido faltar al cariño con que amaba á su hermana, el comunicar á su padre unos sentimientos, que podian no tener otra causa mas que su propia imaginacion que se alarmaba tal vez con demasiada facilidad. Por otra parte, su respeto por el buen vie-

jo no le impedía conocer, que era terco y absoluto en todo lo que tenia relacion con sus principios religiosos, y que llevaba el ódio por las diversiones, aun las mas inocentes, mas allá de lo que exigian la razon y la religion. Sabia, que si su padre llegaba á descubrir los paseos que Effie habia vuelto á hacer todas las tardes, querria saber la causa, y se los prohibiria: que su hermana, acostumbrada á una libertad sin limites, no podria sufrir esta contradiccion á su voluntad; que si se acostumbraba á despreciar las órdenes de su padre en un solo punto, concluiria bien pronto por quebrantarlas en todo, de lo que le resultaria mas mal, que bien. En el gran mundo una jóven, por ligera que sea, se halla contenida por la etiqueta, y ademas siempre está á la vista de una madre ó de una dueña; pero la jóven aldeana, que en el intévalo de sus trabajos encuentra un momento de distraccion y de placer, no tiene mas que sus propios principios, que la contengan, y esto es lo que hace algunas veces las diversiones tan peligrosas. Todas estas reflexiones se presentaban á la imaginacion de Jeanie, y la sumergian en una gran incertidumbre sobre la conducta que debería seguir con

respecto á su hermana. Pero un acontecimiento imprevisto puso fin por entonces á sus inquietudes.

Mistriss Saddletree, que nuestros lectores conocen ya, era parienta lejana de David Deans, quien le estimaba mucho, porque era una muger de una vida egemplar, y un digno miembro de la iglesia presbiteriana. Esta buena señora, por cuya inteligencia y cuidado del comercio de su marido se hallaba en un estado floreciente, habia ido á hacer una visita á San Leonardo un año antes de la época en que principia nuestra historia. -- M. Saddletree, le dijo á Deans, no está jamas en la tienda cuando puede meter las narices en la audiencia de un tribunal de justicia, y no es posible que una muger sola tenga á su cargo los cuidados del manejo de la casa y de la tienda, dé las órdenes á sus operarios, reciba los encargos de los parroquianos y se ocupe de los pormenores de la venta diaria. Yo he pensado tomar una muchacha para la tienda que me ayude en lo que hacedes de mi comercio, y si quisierais darme á vuestra Effie, creo que desempeñaria bien su encargo, y que con el tiempo podria sacar de él un buen partido.

Esta proposicion agradó á David. Su hija aprenderia un comercio decente, tendria entre tanto casa y comida, recibiria su salario corriente, y se hallaria bajo la tutela de Mistriss Saddletree, que marcaba por el camino derecho, y cuya casa se hallaba contigua á la iglesia de la cárcel, regentada por un pastor que no habia doblado la rodilla delante de Baal; es decir, que no habia prestado el juramento que el gobierno exigia á los individuos del clero protestante de Escocia, despues de unido este reino á la Inglaterra. Deans, todo ocupado de las ventajas que resultarían á su hija de oír la sana doctrina de una boca tan pura, no pensó en manera alguna en los peligros á que iba á quedar espuesta una muchacha jóven, hermosa y de un carácter algo decidido por los placeres, en medio de la corrupcion de una gran ciudad. La sola cosa que sentia, era que su hija iba á vivir bajo el mismo techo que un hombre tan mundano como Bartolomé Saddletree. Estaba léjos de mirarle como un ignorante, antes por el contrario, le tenia como lleno de todos los conocimientos en la jurisprudencia que se atribuía el buen sillero; pero precisamente esta era una de las razones, por las que le tenia en tan

mala opinion; pues los abogados, los procuradores y todos los demas dependientes del orden judicial, eran los que se habian manifestado mas solícitos en egecutar las órdenes del gobierno relativas á la prestacion del juramento antedicho, que Deans miraba como una de las heridas mas penetrantes que hubiese recibido hasta entonces el cuerpo de la iglesia presbiteriana. Por lo mismo tuvo largas conferencias con su hija para manifestarle el riesgo que corria su alma, si escuchaba las doctrinas de un profano tal como Saddletree, y si por ellas venia á caer en algun error de teoria religiosa; pero no pensó de modo alguno en recomendarla evitase las malas compañías, que no se entregase á la disipacion, y que conservase cuidadosamente su inocencia; puntos sobre los cuales muchos padres en su lugar, hubieran insistido con preferencia.

Jeanie vió alejarse á su hermana con una mezcla de sentimiento, de temor y de esperanza. Sus inquietudes por Effie no se dirigian por el mismo lado que las de su padre; ella la habia examinado de mas cerca, conocia méjor sus disposiciones, y podia apreciar con mas pulso el género de tentaciones y de peligros

á que podría quedar espuesta. Por otra parte, Mistriss Saddletree era una muger de una conducta egemplar, atenta, cuidadosa; tendria derecho para egercer sobre Effie la autoridad de ama, pero lo que haria sin duda con prudencia y con discrecion. La partida de su hermana para Edimburgo, romperia algunas relaciones peligrosas que ésta sospechaba hubiese hecho en las inmediaciones: asi concluyó por reconciliarse con la idea de ver salir á su hermana de San Leonardo; pero al separarse de ella por la primera vez de la vida una hermana tan querida, fue cuando sintió todo el dolor que le causaba esta separacion. Abrazada con su hermana, vertiendo en su seno un torrente de lágrimas, aprovechó este momento para decir-la reservadamente y con el mayor interés, que mirase por ella misma durante su permanencia en la capital, y que ante todas cosas conservase su inocencia. Effie igualmente enternecida, sin atreverse á levantar sus hermosos ojos llenos de lágrimas, le prometió hacerlo, y que jamas olvidaria sus buenos consejos.

Durante los primeros quince dias, Effie fue todo lo que deseaba su parienta, y aun mas que lo que habia pensado. Sin embargo, con el

tiempo su celo y su actividad se debilitaron. Si se la enviaba fuera de casa con alguna comision, tardaba tres veces mas, que lo que era menester para desempeñarla, y manifestaba cierto mal humor é impaciencia si se le hacia alguna observacion. La buena Mistriss Saddletree la escusaba. Es muy natural decia que una jóven, para quien todo es nuevo en Edimburgo, se detenga un poco en mirar todo lo que llama su atencion. Ademas, es una niña mal criada, acostumbrada á seguir todos sus caprichos, y que aun no está hecha á la sumision y á la obediencia. Pero tengamos paciencia: con el tiempo todo se andará: el templo de Salomon no se hizo en un dia.

Parecia que Mistriss Saddletree habia previsto lo que habia de suceder. Al cabo de tres meses, Effie no pensaba mas que en el cumplimiento de sus deberes; pero no se dedicaba á ellos con aquel aire risueño y gracioso, que tanto atraia la atencion de todos los que la veian. Sus ojos perdian por momentos su antiguo y hermoso brillo: los frescos colores de sus mejillas habian desaparecido, y su modo de andar, antes tan listo y tan ligero, era ya tardio y como torpe. A veces se la veia derramar copio-

sas lágrimas, que anunciaban un motivo oculto de sentimiento, por lo mismo que trataba de esconderlas, cuando advertía que la observaban. Semejantes síntomas no se hubieran escapado á la vista perspicáz de su ama, ni la hubieran engañado sobre el motivo secreto de su pena; pero desgraciadamente Mistris Saddletree tuvo una larga enfermedad, que no le permitió salir de su cuarto durante los últimos meses que Effie estuvo en su casa; de modo, que tuvo muy pocas ocasiones de verla. La melancolia de Effie, y su estado de abatimiento moral y físico, se aumentaron aun durante el último mes, en términos que algunas veces se la veía entregarse á ciertos accesos de desesperacion, sin que M. Saddletree echase de ver nada, excepto algunas faltas que cometía en su tienda, lo que le obligó á tomar en los negocios de su comercio una intervencion, que no era compatible con su gusto por el foro. De esta suerte perdió su paciencia para con ella, y le declaró en su latin de legista, sin atenerse mucho á los géneros; que era menester que ella fuese *naturaliter fatuus, et furiosus idiota*, y que deberian citarla ante un tribunal de jurados, para que decidiesen, si debe-

rian ó no encerrarla en la casa de locos de Bedlam. Los vecinos y los criados observaban con una curiosidad maligna la mutacion ocurrida en la talla y en la salud de aquella jóven antes tan hermosa, y aun tan interesante; pero Effie no confió su secreto á nadie, y se contentaba con responder á las burlas de unos y á las preguntas de otros, ó por una negativa formal, ó por un diluvio de lágrimas.

En fin, cuando la salud de Mistris Saddletree estuvo en estado de permitirle acudir á sus ocupaciones ordinarias de la casa y de la tienda, Effie, ó por temor de que su ama le hiciese sufrir un interrogatorio importuno, ó porque tuviese otras razones urgentes para ausentarse, pidió á Bartolomé el permiso de ir á pasar algunas semanas á casa de su padre, dando por motivo el mal estado de su salud, y el deseo de probar si el descanso y la mutacion de aires podrian restablecerla. Saddletree que creía tener ojos de lince para las distinciones las mas sutiles de la jurisprudencia, era ciego como un profesor de matemáticas holandes, con respecto á todo lo que tenia relacion con los negocios ordinarios de la vida; no sospechó nada,

no la hizo ninguna pregunta, y le dió el permiso que le pedia.

Desgraciadamente para Effie habia gentes mas perspicaces, á quienes no quedaba la menor duda sobre el estado en que se hallaba, y quienes supieron que habia mediado un intervalo de mas de ocho dias entre su salida de la casa de Saddletree y su llegada á la de su padre, viaje que cuando mas podia hacerse en una hora. Jeanie al descubrirla, creyó ver la sombra de aquella hermana tan fresca, tan alegre y tan seductora, que apenas hacia un año que habia dejado la casa de su padre. Hacia muchos meses que las dos hermanas no se habian visto: las ocupaciones de la tienda, sirvieron de pretexto á Effie para no ir á San Leonardo, y las domésticas de Jeanie, habiéndose quedado sola, no le dejaban tiempo para ir á Edimburgo. El retiro en que vivian los pacíficos habitantes de San Leonardo, impidió que llegasen á sus oídos los rumores de la maledicencia, y así Jeanie se quedó asustada cuando vió á su hermana en aquel estado. Le hizo repetidas preguntas sobre la causa de una alteracion tan espantosa, á las que al principio Effie

solo daba algunas contestaciones insignificantes ó evasivas; pero instada por su hermana, cayó desmayada entre sus brazos y la funesta verdad no pudo ocultarse por mas tiempo. Jeanie se vió entonces reducida á la cruel alternativa, ó de dar á su padre la terrible noticia de la deshonra de su hermana, ó de tener tal vez que mentir para ocultársela. La suplicó le descubriese el nombre y calidad de su seductor, y que se habia hecho el hijo que habia dado á luz; pero á todas estas preguntas Effie no respondia mas que con torrentes de lágrimas, que no servian mas que para ocasionarle nuevos accesos de desesperacion.

Jeanie afligida y asustada, se proponia ir á casa de Mistriss Saddletree para adquirir algunas luces sobre aquel incidente misterioso, y pedirle consejo sobre lo que deberia hacer; pero su proyecto quedó desvanecido por un nuevo golpe de la suerte, que puso el colmo á la afliccion de aquella desgraciada familia.

David Deans, cuando entró en su casa, quedó atónito y sorprendido al ver el estado en que encontraba á su hija. La llegada del Laird de Dumbidikes, que venia á hacer su visita ordinaria, y la destreza de Jeanie que distrajo su

atención sobre otros objetos, le impidieron preguntarse la causa de una mutación tan extraordinaria, aunque estuviese bien lejos de sospechar cual era: pero ¿cuál fue su espanto cuando una media hora después de su llegada vió entrar en su casa unos huéspedes, que ni por sueños esperaba? Estos eran los dependientes de policía, portadores de un mandato judicial para buscar y prender á Eufemia ó Effie Deans, como prevenida del crimen de infanticidio.

Un golpe tan terrible, tan inesperado; una noticia que descubría tanto en tan pocas palabras, fue superior á la resistencia de David Deans, y aunque en su juventud había arrojado á la tiranía civil y militar, despreciando las persecuciones, los tormentos y los cadalsos, entonces cayó redondo en el suelo privado de sentidos. Los dependientes de policía, tal vez por humanidad, ó por ahorrarle una escena aflictiva, se aprovecharon de aquel momento para apoderarse de su víctima, que pusieron en un carruaje que traían al efecto, y desaparecieron. Los socorros que Jeanie prodigaba á su padre, no le habían aun restituido el uso de sus sentimientos, cuando el ruido de las

ruedas le advirtió que se llevaban á su desventurada hermana. Entonces se precipitó ácia la puerta dando terribles gritos, pero la detuvieron algunas vecinas, que habían acudido atraídas por la curiosidad viendo allí parado un carruaje, espectáculo extraordinario en San Leonardo.

La aflicción de aquellas gentes, que amaban cordialmente á toda la familia de Deans, fue casi tan viva como la de éste: el Laird mismo se sintió comovido hasta un extremo que parecía imposible. --- Jeanie, exclamó haciendo sonar un bolsillo de oro: Jeanie, no os desconsoléis: el dinero lo remedia todo.

El anciano Deans había recobrado el uso de sus sentidos: sus vecinos le colocaron en una silla de brazos: entonces, dirigiendo á su alrededor su vista asustada, como si buscara una cosa que le faltaba, y recobrando la memoria de sus desgracias: -- ¿En dónde está? exclamó con una voz que resonó toda la casa: ¿en dónde está esa miserable que ha deshonrado mis canas? ¿En dónde está la que no tiene ya lugar entre los es-

cogidos, la que ha venido aquí cargada con su crimen, y que se halla como el espíritu maligno en medio de los hijos del Señor?

Todo el mundo se apresuraba á prodigarle socorros y consuelos. El Laird hacia sonar su bolsillo; Jeanie quemaba plumas delante de él, y le hacia aspirar vinagre, y los vecinos le decian:

-- Vamos, vecino Deans, vamos: esta es sin duda una prueba cruel; pero pensad en el fin de los fines, y acordaos de las promesas de la escritura.

-- Yo me acuerdo de ellas, vecinos, y doy mil gracias á Dios de poder acordarme de ellas en medio de la ruina y el naufragio de todo lo que tenia de mas querido en este mundo. Pero ¡ser el padre de una proscripta....! ¡de una disoluta...! ¡de una sangrienta Atalia...! ¡Oh! ¡Y qué triunfo para los episcopales y los hereges, al ver mi sangre tan impura como la de ellos! Sí, vecinos; yo estoy triste; triste en el fondo de mi corazon por el crimen de esa infame criatura; pero yo lo soy aun mucho mas por el escándalo que vá á resultar á todos los fieles.

-- David, le dijo el Laird alargándole su bolsillo: ¿el dinero no podria hacer nada?

-- Dumbidikes, le contestó Deans: yo hubiera dado de buena voluntad todo cuanto poseo en este mundo para impedir que ella cayese en el lazo que la ha tendido el enemigo del género humano: yo hubiera consentido en dejar mi casa, ó ir de puerta en puerta con un palo en la mano pidiendo limosna por el amor de Dios: yo hubiera dado mi vida por salvar su alma; pero si es menester un schelin, la vigésima parte de un schelin, para sustraerla al castigo público que merece, yo no le sacrificaré. No; un ojo por un ojo, un diente por un diente, la vida por la vida; esta es la ley de Dios, y esta debe ser la de los hombres. Pero dejadme solo: es en la soledad, es de rodillas como yo debo pedir al Señor me dé fuerza para soportar esta prueba.

Jeanie dirigió al cielo la misma súplica que su padre, y el Laird y los demas vecinos se retiraron. El dia siguiente halló al padre y á la hija en la misma afliccion. El anciano trataba por principios religiosos de manifestar valor en

medio de su desgracia, y Jeanie se esforzaba en callar su dolor, temiendo aumentar el de su padre.

Tal era el estado en que se encontraba esta familia desgraciada la mañana siguiente á la muerte de Portews, época á la que por este lado nos ha conducido nuestra historia.



CAPITULO VII.

Hemos pasado bastante tiempo para conducir á Butler á la puerta de la hacienda de San Leonardo, á donde nuestros lectores no dudarán ahora que se dirigia, cuando le dejamos abandonado para hacer la narracion precedente: pero seguramente, éstos habrán empleado menos tiempo en leerla, que el que Butler pasó sentado al pie de las rocas de Salisbury la mañana siguiente de la insurreccion, que se terminó por la muerte de Portews. Butler tenia varios motivos para aquella detencion. Desde luego deseaba calmar la agitacion y el espanto que le habian causado los sucesos de que habia sido testigo, y la noticia que le dieron de la prision de la hermana de Jeanie, y por otra parte no queria llegar á casa de Deans á una hora intempestiva, y asi determinó no presentarse hasta cerca de las ocho que era cuando él almorzaba regularmente.